

tigos más terribles?... ¡ Angeles del Señor, sea cual fuere el celo que os guíe, no avanceis para herirnos ; ved que os presentamos á Jesús adorable con nosotros, y aun cuando estuviereis encargados de exterminarnos, Él os manda, Él, que envaineis de nuevo los aceros... Y al ver presentarse á él su divino Hijo, víctima inocente, pura é inmolada cada día, el corazón del eterno Padre se extremece de amor : no solamente nos perdona, sinó que nos bendice... ¿ A dónde quereis pues que lance su rayo, si toda la tierra, enteramente toda, está cubierta con la sangre de su Hijo?...

PERORACIÓN. — Sí, sí, carísimos hermanos, no lo echemos en olvido, la Misa es el sacrificio indispensable que nos salva, que, lo repito, amortigua y con harta frecuencia detiene los golpes de la justicia divina... Si entre nosotros se dejase de ofrecer este augusto Sacrificio, muy pronto volveríamos á caer en el estado salvaje, y sería tanto más temible nuestra barbarie cuanto que sería meditada y voluntaria... ¡ Ah! os lo repetiré todavía más de una vez, estimad y sabed apreciar el adorable Sacrificio de nuestros altares... Ved, allí, bajo aquellas ténues especies que dentro de poco, en el momento de la Consagración, se convertirán en el cuerpo y la sangre de Jesús... allí estará la verdadera víctima que por nosotros se entregó sobre el Calvario.. Allí, el Dios tres veces santo, recibirá homenajes, respetos y adoraciones dignos de él.. Allí, nuestro augusto Redentor pedirá perdón por nosotros á su Padre... Allí reclamará para vosotros, para vuestras familias, para la parroquia entera, las gracias que necesitáis... Carísimos hermanos míos, adorémosle cuando esté presente en el altar; unámonos piadosamente á él, y merezcamos así alcanzar los favores que para nosotros le pedirá al Altísimo... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION UNDECIMA

FINES PARA LOS CUALES SE OFRECE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

TEXTO. — *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.* En todo lugar, dice el Señor, se ofrece en honor mio una víctima pura y agradable.

(MALAQUIAS, CAP. I, VERS. 11.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un gran misionero que vivió casi en nuestros días, y cuyas piadosas enseñanzas más de una vez os he citado, san Leonardo de Port-Maurice, escribió un libro sobre la santa Misa, este augusto Sacrificio cuya excelencia y necesidad os exponía en mi última instrucción... ¿ Sabeis que título dió á su trabajo?... Os lo quisiera hacer adivinar... Pero nó, discurriríais inútilmente... Pues bien, el santo dió por título al tratado que compuso, — no sobre la sagrada Comunión, ni sobre el adorable Jesús residiendo día y noche en nuestro tabernáculo, — nó, su obra se ocupa exclusivamente de este solemne holocausto, por el cual Jesucristo desciende sobre el altar y renueva el sacrificio del Calvario... A este libro pues, compuesto únicamente sobre el santo Sacrificio, le dió por título, escuchad bien, le dió por título: ¡ el Tesoro oculto (1) !...

¡ El Tesoro oculto!... ¿ Cómo!... ¿ En nuestros países cristianos, no se dice públicamente la Misa; no anuncian á lo léjos las campanas, con sus alegres tañidos, la hora del sacrificio; y hasta durante la semana, no os advierte con sus toques más modestos la hora en que el sacerdote va á subir al altar?... Es verdad, hermanos míos; pero observad que san Leonardo no tituló su obra : la ceremonia ó la solemnidad oculta; nó,

(1) *Le Trésor caché.* Véase este opúsculo entre las obras del santo, tomo VIII.

su título es más exacto, y da lugar á una comparación más precisa... ¿Veis á ese pobre que vive en una choza medio arruinada?... Debajo de las baldosas desiguales y mil veces rotas de su humilde vivienda hay enterrado oro ó dinero suficiente para hacerle rico á él, á su mujer y á sus hijos... Unos buenos amigos le dijeron : Haz un pequeño esfuerzo, cava en tal sitio y serás dueño de una fortuna... Pero no les quiere creer; se obstina en permanecer en su miseria y el tesoro de que se le hablaba sigue inútil y oculto para él...

Nosotros, hermanos míos muy amados, somos pobres también : ¡ cuánta necesidad tiene nuestra alma de auxilios y de gracias !. Ved ahí que señalándonos el altar y hablándonos del santo Sacrificio de la Misa, la Iglesia, nuestra madre, nos dice : Allí hay un tesoro capaz, no solamente de enriquecer vuestra alma, sino hasta de redimir el mundo entero; haced un pequeño esfuerzo, asistid á este augusto Sacrificio lo más amenudo que podais; asistid á él con fé, con piedad, y sereis poseedores de numerosos bienes. Y con sobrada frecuencia, hermanos míos muy amados, como aquel pobre insensato de que os hablaba, no queremos tomarnos el trabajo de hacer un esfuerzo, no cuidamos de asistir á la santa Misa ó bien asistimos mal á ella, y este augusto Sacrificio, apesar de su valor, sigue siendo para nosotros un tesoro inútil y oculto...

PROPOSICIÓN. — Y sin embargo, carísimos hermanos míos, por débil que sea nuestra fé, el augusto Sacrificio no sería para nosotros un tesoro oculto, si nos acordásemos de con qué objeto y para qué adorables fines lo instituyó Jesucristo...

DIVISIÓN. — Oíd lo que dice el catecismo : El sacrificio de la Misa fué instituído, *en primer lugar*, para adorar á Dios ; *en segundo lugar*, para pedirle perdón de nuestras faltas ; *en tercer lugar*, para darle gracias por sus beneficios ; y *en cuarto lugar*, para pedirle sus gracias.

Primera parte. — Es inútil recordaros, hermanos míos muy amados, que Dios es nuestro soberano Señor y Dueño y que, como á tal, tiene derecho á nuestra adoración y á nuestros homenajes... Dejemos á los impíos y á los insensatos decir que, si existe un Dios, éste es demasiado grande para ocuparse de nosotros... La Providencia divina tiene puesta su mirada sobre todo, hasta sobre la humil-

de flor que en este momento se abre ó se marchita. Pero el hombre ya hemos dicho que es la obra predilecta del Altísimo. Y al considerar los dones con que nos ha adornado, las gracias que nos ha otorgado y la gloria á que nos tiene destinados, podemos decir con verdad que somos sus criaturas muy amadas y que en nosotros ha puesto sus complacencias. De ahí para nosotros, hermanos míos, la obligación de adorarle, es decir de ponernos humildemente bajo su dependencia, de exaltar su grandeza, de proclamar y honrar sus infinitas perfecciones... Pero ¿ cómo podemos nosotros, ruines criaturas, tributar á este Dueño supremo los honores, homenajes y gloria que merece?... ¡ Piadoso san Agustín, docto santo Tomás, nobles génios, vuestros ojos deslumbrados, mientras vivisteis en este suelo, no podían, deciais, tributar al Dios supremo la adoración que se le debe !.. Ahora que estais en el cielo, que le contemplais cara á cara, decidnos, vuestros homenajes reunidos á los de todos los justos que en este suelo florecieron, ¿ pueden celebrar dignamente su grandeza? — Nó, dicen ellos; es demasiado grande, está demasiado elevado. — Angeles del Paraiso, arcángeles y serafines ; y vos, dulce María, la perla, la joya más preciosa y más brillante de esa sagrada mansión ; habitantes del cielo, todos cuantos sois, unid juntos vuestras voces, cantad en coro el *Hosanna* eterno... ¡ Cuán venerable asamblea, cuán sublimes adoraciones !.. ¡ Ah, esta vez, Dios tres veces santo, los homenajes igualan á vuestra grandeza !.. ¿ Qué he dicho, hermanos míos muy amados ? ; Gran Dios, perdonadme estas imprudentes palabras !.. Nó, vos sois infinito, y por nobles que sean las adoraciones que os tributen las más santas criaturas, son muy inferiores á vuestra grandeza....

¡ Y nosotros, pobres pecadores, pretenderíamos poder ofrecerle por nosotros mismos estas adoraciones que reclama !.. Jamás... lo repito, jamás... Pero, volveos conmigo hácia el altar ; dentro de algunos instantes Jesucristo renovará en él el sacrificio del Calvario... « Padre, dirá, cuando después de la Consagración le sostendré en mis temblorosas manos, los hombres son impotentes para adorar á tu divina majestad cual ella merece serlo ; pues bien, héme ahí... » Y oculto bajo los velos eucarísticos, será destruído y anonadado como en la cima del Calvario... Y nosotros, sacerdotes y fieles, al ofrecerle á Dios, unimos nuestros

homenajes á los suyos, nos ofrecemos enteramente todos; el acto de adoración por nuestra parte es completo; él inmola en cierto modo nuestros cuerpos y nuestras almas...; Dios omnipotente! vos me habeis dado este cuerpo, cuya vida sostienen el pan y el vino; pues bien, yo os ofrezco estas dos sustancias; mi cuerpo es, en cierto modo, el que os inmolo al ofrecéros las. Vos me habeis dado á Jesucristo, vuestro Hijo; Él es la esperanza, el sostén, la vida de mi alma. Dentro de un instante va á ser inmoloado sobre este altar; mi alma es la que os ofrezco é inmolo con Él (1)... Ved ahí, hermanos míos, como, en el santo Sacrificio de la Misa, Jesucristo tributa á la augusta Trinidad los homenajes que ella merece, y como podemos nosotros unirnos piadosamente á sus adoraciones...

Segunda parte. — El segundo fin, hermanos míos, la segunda intención de nuestro divino Salvador al instituir el santo Sacrificio de la Misa, era el de alcanzarnos la remisión de nuestros pecados. Nosotros no sabemos, hermanos míos muy amados, cuán grave mal es el pecado y cuán inmensa es la deuda que nos hace contraer con la justicia divina... Cuando lo hemos confesado creemos que está acabado todo... ¡Error, ilusión frecuentemente fatal!.. Casi diré que para los buenos cristianos, para los verdaderos penitentes, entonces es cuando empieza todo por una satisfacción que debe durar toda la vida (2)... Y para justificar mi pensamiento, podría mostraros á san Pedro, en cuyas mejillas habían formado surcos las lágrimas; podría conducirnos á la gruta donde santa María Magdalena hizo una tan larga y ruda penitencia; y sin embargo á Pedro y á María Magdalena el mismo Jesucristo les había dado la seguridad de su perdón... ¿Y qué somos pues nosotros, infelices pecadores, para descuidar las obras y los ejercicios que deben suplir á nuestro arrepentimiento con harta frecuencia tan débil é insuficiente?

Os digo pues en verdad, que una de las obras más útiles y eficaces para alcanzarnos el perdón de nuestras faltas es la asistencia al santo Sacrificio de la Misa... Jesucristo está allí, en el altar, cual un día estuvo

(1) Sto Tomás, en el lugar citado.

(2) V. más adelante la instrucción sobre la Satisfacción.

en la cruz, con el corazón lleno de misericordia y de amor... «Ven, pobre pecador, parece que nos dice, une tus preces á esta sangre que de nuevo voy á derramar para tí en el altar; poco á poco disminuirá tu deuda, y las manchas que aún quedan en tu alma se irán borrando insensiblemente...» Sí, carísimos hermanos, Jesucristo acaba sobre nuestros altares la obra principiada sobre el Calvario: la purificación, la redención de nuestras almas. Y si, como el buen ladrón, le decimos humildemente: *Acuérdate de mí*, nó, su corazón no nos olvidará.

¡ vosotros, mis pobres hermanos, que permanecéis aún encenagados, y tal vez desde largo tiempo, en el estado de pecado mortal, ¿qué os diré?... Evocando la memoria de los antiguos profetas, ¿repetiré las frases de maldición que pronunciaban sobre aquellos que asistían de un modo indigno á los sacrificios de la ley antigua, que no eran, sin embargo, más que una muy débil sombra del augusto Sacrificio de que hablamos? (1). Nó, nó, hermanos muy amados; en este sagrado recinto, Jesús sólo tiene bendiciones para nosotros, á todos nosotros, nos ama su corazón; y dentro de poco, mientras se encontrará sobre este altar, le dirá á su Padre, cual desde la cruz se lo decía: «Padre mio, perdónad á estas pobres almas; no comprenden aún ellas el triste estado en que se encuentran; iluminadlas y convertidlas...» Y tal vez un día, aquí mismo, durante la santa Misa, vuestros pecados empezarán á seros perdonados, porque vosotros mismos empezaréis á sentirlos y experimentaréis la necesidad de confesaros de ellos... «¡ Sí, exclamaba un santo, el Sacrificio de la Misa está instituido para la remisión de nuestros pecados; nadie podría decir cuántas almas han sido retiradas del lodazal del vicio por el extraordinario auxilio que les ha proporcionado este augusto Sacrificio (2)...»

Tercera parte. — Carísimos hermanos, leemos en el Antiguo Testamento que, de los sacrificios que se ofrecían al verdadero Dios, había algunos llamados sacrificios de acción de gracias. Noé, al salir del Arca, levantaba un altar y daba solemnemente gracias, en su nombre y en

(1) Ezequiel, c. VIII, *passim*.

(2). Véase Saint-Jure, *Connaissance et amour de N. S. J. C.*; y Rodriguez, *Práctica de la perfección*.

el de su familia, al Altísimo que le había preservado del diluvio... En otra circunstancia, distingo á dos piadosos personajes que se aproximan al Arca del Señor: traen víctimas que presentan al gran sacerdote Helí. Eran los padres del joven Samuel, destinado á ser profeta y juez de Israel. — « ¿ Para qué son estas víctimas? les pregunta el gran sacerdote. Y ellos contestan: « Para ofrecer al Señor un sacrificio de acción de gracias por el nacimiento de este hijo que se ha dignado concedernos y que nosotros le consagramos... »

¿ Cuántos otros ejemplos podría citar!... Dios no tiene necesidad ni de nuestros homenajes ni de nuestras acciones de gracias, y sin embargo reclama los unos y las otras... Pues bien, el Sacrificio de la Misa es especialmente un sacrificio de agradecimiento, porque se llama *Eucaristía*, palabra que significa acción de gracias... David, colmado de favores por el Señor, exclamaba: « ¿ Qué le daré yo en cambio de todos los bienes de que me ha colmado?... » Comprendo, profeta, tu perplejidad; te es imposible ofrecer á aquel Señor supremo muestras de gratitud que sean dignas de él. Haced correr la sangre de las víctimas, multiplicad vuestros sacrificios, ofreced vuestros tesoros y todo vuestro reino; ¡ jamás, jamás podéis nivelar el reconocimiento con los beneficios!... Y nosotros también, cristianos, estamos colmados de los beneficios del Señor; vuestro Bautismo, el perdón que de vuestras faltas habeis recibido en la Penitencia, vuestra primera Comuni6n, y tantas otras gracias que no acertaría yo á enumeraros, beneficios, sí, beneficios del Señor... ¿ Habe-mos pensado en ellos alguna vez?... Y no tendríamos razón en repetir con el Profeta: ¿ Qué le daré al Señor en cambio de los beneficios de que me ha colmado?... Pues bien, ofrecedle á Nuestro Señor Jesucristo en el Sacrificio de la Misa, y le habeis tributado magníficas acciones de gracias... Escuchad, á este propósito, una historia que tomo de la vida de los santos...

La venerable santa Francisca Farnesio, viéndose colmada de los divinos beneficios, turbábase un dia, porque se decía: Es imposible que tenga manera de mostrar á Dios mi reconocimiento cual se lo merece (1)... La Virgen Santísima, siempre buena y compasiva, se digna apa-

(1) Véase la vida de esta Bienaventurada.

recérsele y la consuela: pone en los brazos de aquella casta enamorada del Salvador, al mismo Jesucristo bajo la figura de un niño. — « Hija mia, le dice, es tuyo; con él puedes ofrecer dignas acciones de gracias al Altísimo. » — Paréceme, cristianos, ver á la augusta Trinidad entregarnos á todos, durante el santo Sacrificio, al Dios de la Eucaristía, y decirnos: Tomadle, con Él nos ofrecereis dignas acciones de gracias..

PERORACIÓN. — Olvidaba, carísimos hermanos, que el santo Sacrificio de la Misa fué asimismo instituído para obtener de la bondad divina los auxilios y gracias que necesitamos. Una palabra no más sobre este punto, del cual nos volveremos á ocupar, y concluyo... No ignorais que todos nosotros tenemos necesidad de que Dios venga en nuestro auxilio; ni para nuestro cuerpo, ni para nuestra alma, podemos nada sin su ayuda... ¿ Deseais conservar la salud? Es menester que su Providencia tome, cada segundo, la sangre que ha formado junto á vuestro corazón, para conducirla de unos á otros canales hasta á la extremidad de vuestros miembros; sin esto, se cuajaría en vuestras venas y se produciría la muerte... Necesitais que os preserve de mil accidentes, que os proporcione vuestro pan de cada día, que aleje de vuestros hogares la desgracia, la miseria y la muerte... Luego, vienen los bienes del alma... Veamos, vosotros no sois ni paganos ni incrédulos; deseais, esperais ir un dia al cielo; y para esto; cuántas gracias os son necesarias! ¿ Y cómo las obtendreis?... ¿ Somos bastante grandes, bastante justos, bastante santos para dirigirnos nosotros mismos al Altísimo?... Y bien, no desesperemos, carísimos hermanos míos, miremos al altar; ese Jesús que se ofrece en holocausto, es bastante bueno para acoger todas nuestras peticiones y bastante poderoso para alcanzar un resultado favorable para las solicitudes que le presentemos.. Él rogará por nosotros, y su ruego no será desatendido.... Pero, ante todo, estimadísimos hermanos míos, pidámosle, como Él mismo nos lo ha recomendado, que nos alcance el reino de los cielos: lo demás se nos dará por añadidura.... Así sea.